

matanzas mucho mas espantosas, y eso que fué por causa pia; y los asesinatos de los Armañques por los Burguifiones parecen haber servido de modelo á los de las cárceles de 1792, siendo así que no tenian por fundamento sino un interés privado. Léase el historiador de esas antiguas reyertas, Marcial de Auvernia (*Vigilias de Carlos VII*), y en sus versos se hallará una descripción que pudiera aplicarse palabra por palabra á lo que tuvo lugar cuatro siglos despues.

LAS FURIAS DE GUILLOTINA.

«**W**uy singular seria la historia de esas infatigables calce-
 teras, dice M. Real, que desde el 6 de octubre tomaron una
 parte tan activa en la revolucion.» Al recorrer las infinitas
 gradaciones de la vasta escala de la degeneracion humana, se
 espanta la vista midiendo la inmensa distancia que separa se-
 mejantes mugeres de otro órden de mugeres tales como Car-
 lota Corday, Lucila Desmoulins, ó Madama Rolland! No
 distan tanto los abismos del infierno de las regiones celestes.
 ¿Quién pudiera formarse una idea de los escrúpulos que han
 tenido que vencerse, de los remordimientos que ha habido
 que pasar, y del nativo pudor que ha sido preciso supeditar,
 para llegar á ese exceso de depravacion y horror? ¡Unas mu-
 geres dadas, de cuerpo y alma, al instrumento del suplicio,
 aumentando su atrocidad con sus endemoniadas vociferacio-
 nes, arrojando siniestros sarcasmos á la sangre que va pronto
 á correr y sardónicas carcajadas á la vida que va pronto
 á acabar, aferrándose á la tabla fatal para saborear mejor la
 lívida palidez, el misterioso temblor y la agonía del mori-
 bundo, insultando al cobarde ejecutor, cuyo empleo toma-
 rian con deleite, pataleando de gozo en el momento del
 cruento holocausto, jadeando de impaciencia tras la víctima

que, según su horrible lenguaje, *va á hacer el salto de la carpa ó estornudar dentro del saco*, y bailando asquerosas *carmanolus* en señal de alegría, al pie mismo del cadalso!

El fondo de crueldad que con harta frecuencia entraña la naturaleza humana, en ellas se ha salido de madre para invadir la inteligencia toda como en torrentes de veneno devorador. Esas mugeres fueron jóvenes, tal vez hermosas, y susceptibles de amor; pero todas estas cualidades han sido brutalmente postergadas con el impuro contacto del mundo. El corazón se ha ido por grados endureciendo, desecando, herrificando; ha aspirado hasta la embriaguez la amarga ironía, la feroz y punzante ironía, el desprecio de todas las cosas, y principalmente de todo lo que tiene visos de afectos humanos. Este estado de rabia, fruto del sentimiento del oprobio, ha venido tras él gritando ¡venganza! Hase aglomerado una tempestad de amenazas, maldiciones y revueltas, tempestad pronta siempre á estallar contra los buenos y honrados, á vomitar el ultraje contra la virtud, á escarnecer el pudor y á perseguir la inocencia con aullidos y cierno; mugeres antipáticas al mundo, porque ya está perdido para ellas, y acostumbradas ya de antemano á los hábitos del infierno.

La idea de hacer intervenir á las mugeres por entre el movimiento popular y el remolino demagógico, salió de una cabeza que solía producir rayos de luz y combinaciones muy elevadas. Cuando los sucesos de 5 y 6 de octubre, á tiempo en que ya bramaba la tempestad sobre el palacio, dijo Mirabeau en un gabinete de lectura de Versalles *que no era posible la insurrección si las mugeres no se mezclaban en ella y se ponían á su cabeza*: cuya especie fué vertida sin duda para que se difundiese y transportase á Paris, como así sucedió. Maillard mandó proceder á una especie de reclutamiento de mugeres, y lo demás ya es sabido. He aquí el origen de la intervención de las mugeres y de la parte activa que tuvieron en las tremendas escenas que tuvieron lugar (1).

(1) *Historia general é imparcial de los errores, etc.*, por Prial' homme, tomo 1.º, página 61.

¿Fuera acaso no mas que un capricho ó un juego de la imaginación del conde, que se hubiese propuesto chocar con la variedad de la escena, ó sorprender con la novedad del hecho? ¿Contaba tal vez ofuscar, aturdir, asombrar, con aquella explosión inesperada de mugeres? ó mas bien arrojábalas delante, en medio de la confusión, para cobijar con la apariencia de una loca cascabellada y bajo la égida de su secso, proyectos mas siniestros y temibles?

Desde entonces aquella clase de mugeres, que por primera vez hizo sentir su fatal presencia en el suplicio del malhadado Chatel, corregidor de San Dionisio, siendo sus mas inexorables y crueles verdugos, apareció cada vez mas furibunda, hasta el punto de envanecerse con el espantoso epíteto que le dieron de *furias de guillotina*. Bajo este concepto, arrojábanlas á propósito para escalar el pueblo, el cual ya empezaba á murmurar viendo cada dia repetidas las sangrientas ejecuciones, y necesitaba de aquellos gritos de rabia para sostener su delirio amortiguado y su vacilante adhesión. Esto se espermentó particularmente en el suplicio de la Dubarry; cuando se trató de hacer suceder al beso real el fatal beso de la guadaña revolucionaria en la garganta de la Phryné, allí fueron las resitencias, la desesperación y las angustias tan lastimeras, que la multitud se enterneció. Así es que habia necesidad de aturdirla y prevenirla contra su propia debilidad y su peligrosa compasión; y para esto nada mas á propósito que dichas alharaquientas. Un dia el abate Maury se hallaba en la tribuna, atolondrado y aburrido por verse continuamente interrumpido por sus griterías, y volviéndose al presidente le dijo, señalando á esas mugeres: «Señor presidente, haga V. callar á esa turba de *Sans-culottes* (sin calzones, equivalente á *descamisados*).» Esta voz se conservó y luego fué aplicada á los revolucionarios mas turbulentos y furibundos.

Mercier en su *Nuevo Cuadro Paris*, traza en pocas palabras la historia de las calceteras, (1) y las presenta como las

(1) Vide tomo II, cap. 45.

hembras de los hombres de 2 y 3 de setiembre; repítenos los horriblos alaridos que despiden desde las tribunas de las comisiones de salud pública y de seguridad general, poderes ambos terribles que, armados con el derecho inquisitorial de espedir órdenes de captura, disponian á su antojo de la libertad individual, contra la cual se acusaba al segundo de tener veinte mil espías á sus órdenes, por cuyo medio lograron casi concentrar en ellos la accion gubernativa. A las denuncias que diariamente tenian lugar contra sugetos que disfrutaban del mayor prestigio entre el pueblo, á veces era preciso agregar las frenéticas salvas de bravos de aquellas mugeres que siempre conseguian conducir la muchedumbre á su áspero tono. El mismo escritor luego las transporta á los dias de *pradial*, recarga los furiosos de sus imprecaciones y dirige sus puñales contra los mismos convencionales. Partidarias del terror, adhiérense á la municipalidad y á la cresta de la montaña para favorecer reaccion que estuvo á punto de derribar el partido de thermidor. Allí veremos figurar la turbulenta Aspasia, siniestra energúmena tan enérgicamente poseida del demonio revolucionario, que en los arrebatos de sus fogosas inspiraciones parecia presentir el próximo anonadamiento y la futura extravasacion de la obra republicana ya medio avortada.

Esas Aëllas políticas, ó por mejor decir, esas sombras de sí mismas, no aparecieron ya mas sino para acosar con sus injuriosos graznidos las doradas carrozas que llevaban á los cinco directores del palacio de las Tullerías al del Instituto, y para derramar lo que les sobraba de hiel maldiciendo la constitucion de 1793 y el nuevo gobierno; y luego desaparecieron para no volver mas, y fueron á perderse donde van todas las cosas, la blanda paloma y la zumaya asquerosa, probablemente en el comun albañal donde los vientos y remolinos llevan los miasmas y corrupciones que acarrea el torrente de las sociedades humanas.

La voz de *calceteras de Robespierre* procede de la creencia en que se estaba de que este hábil demócrata las protegía secretamente, y que por complacerle á él y envanecidas con el decreto que á ello las autorizaba asistian asidu-

mente en las sesiones de la asamblea nacional y en las de los jacobinos, franciscanos y otros clubs de primera clase (1). Ello fué que las medidas mas estremadas, y las mas violentas mociones, tuvieron siempre en ellas un poderoso auxiliar. Sabido es que la Montaña sacó de ellas mucho partido: los discursos de los Girondinos, del Llano (*la Plaine*) y del Marjal (*le Marais*), ya de antemano estaban condenados á sus rumores y estrepitosas reprobaciones, al paso que dirigian á los de la izquierda mil aclamaciones de entusiasmo. Robespierre era su Dios; él sabia el arte de tener á su disposicion estos activos instrumentos de triunfo, que es preciso confesar le ayudaron mas de una vez á conseguirlos.

Estas terribles mugeres se arrogaron muchas veces el derecho de correccion para con las personas de su sexo. Si llegaba á pasar junto á sus grupos vengadores alguna malhadada *feuillantine* (*fuldensa*), ó cualquiera otra muger que no llevase escarapela tricolor (2) ó alguno de los adornos republicanos, hacíanla pasar pública y desapiadadamente por la ignominia del castigo que el verdugo de Roma aplicaba á las vestales por haber, cual estas tambien, dejado apagar el sacro fuego, que Enrique II de Inglaterra, y Luis VIII de Francia recibieron de manos de los canónigos y del legado del papa, y finalmente que acababa de ser abrogado por el artículo 33 del código penal de 25 de setiembre de 1791; fuese noble, fuese plebeya, tenia que ver sacrificadas una parte de sus gracias en pago de su descuido. Las disciplinantes (*flagelleuses*,) sin consideracion á súplicas ni lágrimas, procedian á la ejecucion de su impúdico oficio, y trataban como esclavas á las que dudaban en llevar las insignias de la libertad (3).

(1) Vide el artículo *Rosa Lacombe*.

(2) En la *Gaceta Francesa* del 20 de setiembre de 1793, núm. 629, se lee: El decreto de la municipalidad que ordena que las mugeres han de llevar la escarapela tricolor, se ejecuta con bastante zelo; todas las petimetras salen ahora en público condecoradas con este signo sagrado de la libertad, y no dudamos que su ingeniosa elegancia pronto la convertirá en objeto de coqueteria.

(3) Vide el *Padre Duchène*. núm. 285 de los hornos y cartas buj.... patrióticas, 66 y 67.

Ya hemos visto como la desgraciada Théroigne, en una circunstancia análoga, dejó en manos de esas implacables Euménides su orgullo y su razon. Una de las espediciones mas deplorables que hicieron fué la del hospicio de las hermanas de la caridad: habiendo sido denunciadas como sospechosas de aristocracia varias de estas virtuosas religiosas, reclamóse contra ellas á los jacobinos un decreto de espulsion, y para empeorar mas su causa, hubo quien las acusó de tener oculto á un clérigo no juramentado, que en aquel mismo dia habia celebrado una misa de difuntos para el descanso del *alma del tirano*. Esto bastó para que nuestras Tisifones clamasen ¡justicia! y vedlas ya cual corren para arrebatar del santuario de caridad y consuelo á las piadosas reclusas que se habian consagrado al alivio de los enfermos y dolientes. Tuvieron la barbarie de arrastrarlas hasta la plaza del Parvis, y allí, despues de haberlas tratado de *aristócratas* y *solideinas* (*calotines*), las zurraron públicamente. Se supone que de resultas casi todas enfermaron, y murieron algunas, habiendo tratado de escaparse una que fué alcanzada en el puente del Hotel-Dieu y la precipitaron al Sena.

LA SEÑORITA MAILLARD.

FUÉ una de las actrices mas hermosas que hayan brillado en el teatro de la Ópera. Salió por primera vez en escena, siendo aun muy niña, en 17 de mayo de 1782, desempeñando el papel de Calette en el *Adivino del lugar* (1), en que mostró, segun dicen los autores de los *Anales dramáticos*, suma inteligencia y extraordinaria sensibilidad, acompañadas de una voz muy llena y pura: « Jamas se habia visto cabeza mas admirable ni estatura mas bizarra. »

Léese en un folleto titulado el *Espía de los teatros*, página 115, que esta jóven habia principiado aprendiendo á bailar en el almacén de la Ópera; que por algun tiempo representó con buen éxito en el pequeño teatro de los comediantes del bosque de Bolonia, y que despues el príncipe de Soubise, ese viejo sátrapa de talones encarnados, la mandó llamar á los banquetes de su famoso retrete de Pantin, al cual, insiguiendo los ritos añejos de la época, llamaba su *templo del Amor*: allí se respiraba una atmósfera de ambrosía, y mil espejos reproducian otros tantos cuadros licenciosos, donde bajaba al parecer todo el Olimpo amoroso.

(1) *Le Devin du village.*